

CAPÍTULO XV.

EL PREMIO Y EL "ACCÉSIT."

LXLII.

Hace muchos años de años que la sociedad aprende el griego.

Y en esa virtud tenemos hoy un resultado: esto es, que ya vá sabiéndolo.

Es decir, que nadie se entiende.

Pero lo que cada día se va entendiendo menos, es ese *totum revolutum* de alma y cuerpo, de idealidad y sentidos, de espíritu y materia, de razones y caprichos, que se llama «mujer.»

Una mujer lee hoy diez novelas contradictorias y absurdas, y al momento se queda convertida ella misma en una novelesca contradicción; en un absurdo color de rosa, pero terrible.

Las mujeres serán siempre lo que quieran ser; y nosotros, los hombres, los representantes de la fuerza y de la inteligencia, los reyes de la creación; el hombre, decimos, esta *alteza* convencional de pantalón, *perilla* y *sorbete*, será siempre y sin remedio el mico con que juega y se divierte la mujer.

Esto no tiene remedio.

Las mujeres entienden el corazón como quieren entenderlo. Hablan de *alma*, de *sentimiento*, de *ternura*, &c., de tal manera, que no parece sino que creen en todo.

Id á buscar la exactitud y el exclusivismo en esa línea de ángeles que adorais en el estrado, y las palabras corresponderán á vuestros deseos.

Llegad á la práctica, y será otra cosa.

Hay cuerpos que dan una idea detallada y aproximativa de la divisibilidad de la materia.

La parte intelectual de las mujeres explica bien la divisibilidad del alma.

Se distribuyen física y moralmente como una lista.

Una mirada para A.

Un apretón de mano para B.

Un beso leve y *al pasar* á N.

Otro id., lleno de ardor, de fuego, para P.

Simples esperanzas á K.

Todas son aproximaciones de una gran lotería, cuyo premio grande ni ellas mismas saben en quién va á parar.

Cuando las mujeres no son coquetas, son compasivas.

A nadie quieren dejar con las manos vacías.

El *todo* suele tocar á quien menos lo esperaba y á quien ellas menos pensaban.

Al mas antiguo, al mas tenaz, al mas despreciable muchas ocasiones.

Un muñeco cualquiera puede formar el capricho y aun la pasión de una sílfide encantadora.

Verdaderas diosas hemos visto que inventan y practican prodigiosos juegos de ingenio y artificio para desorientar á diez ó doce adoradores que «tardan» mucho, y entregarse en todo y por todo á cualquiera figurilla raquíca que estuvo á tiempo.

Las mujeres adoran hasta el delirio á los hombres *oportunos*.

—Tengo una urgencia de *hoy mismo*..... préstame cincuenta duros.

—*Mañana* te daré quinientos.

—Vete al diablo.

Así pasa en materia de amores con las mujeres *en general*.

Hay, sin embargo, sus excepciones.

Las que se subdividen en lotes, las que dan todo entre todos, las que conceden premios grandes y aproximaciones, las que dan á unos *premios* y á otros *acésit*.....

¡Lejos de ellas lo exclusivo!.....

¡Que nadie sufra!.....

Teneis una novia, una querida, una *tontería* cualquiera del corazon.

Reasumís en ella todos los amores.

La idolatráis de buena fe.

Ella *os dice* lo mismo: ¡os lo jura!

Un dia la observais inquieta.

Es que ama á otro sin querer, y no por eso deja de amaros....

¡Oh! Está en la naturaleza de las mujeres el odiar el monopolio de sus gracias y encantos.

Siguen los juramentos, siguen las promesas, siguen los favores, sigue *todo*.

Pero ella ama á otro.

Podreis firmar al fin de vuestros amorosos billetes:

Fulano de tal y C.^a

Acaso ama al otro bajo la influencia de la *pasión* ó del *deseo*.

¡A vos, bajo la de la *compasión*!.....

Hay mucho en el corazon de las mujeres que no se entiende.

Es un volúmen en donde se habia escrito mucho bueno, y que se hizo pedazos durante el episodio del paraíso.

Le faltan hojas y está ilegible.

Leed seguido lo que haya.

Leereis desatinos.

La *hetaira* griega y la *griseta parisien* han venido á producir el mismo resultado.

Son todas tan peligrosas, tanto, que *se casó* Quevedo.

Es terrible recordar aquello de que César se perdió todo un mes con Cleopatra en los bordes del Nilo.

Cleopatra, de quien dice Sexto Aurelio Víctor que fué:

Tantæ libidinis, ut sæpe prostituerit: tantæ pulchritudinis, ut plurimi noctem illius morte emerint.....

¡Nuestras bellas lectoras sabrán perdonar nuestros pudorosos latines!

Si la hija del rey de los Volscos existiese hoy, olvidaría hasta la sombra del gefe de los Hunos y buscaría por esposo al primer calavera del mundo.....

¡Ahogar al amante en el vestíbulo de la felicidad!.....

Attila legó á su amada un placer demasiado *espiritual*.....

Hacia muy poco tiempo que, no sabemos decir, si los franceses habian tomado á México, ó México habia tomado á los franceses.

El mariscal Forey conquistaba las simpatías de los viejos con bailes y espectáculos; las de los muchachos con fotografías y dulces.

A aquel hombre acababa de llegarle de Francia, por via de contrabando, un baston y un exceso de grotesca ternura.

La intervencion tenia todavía, ó empezaba á tener, no sé qué aire de *visita de cumplimiento*.

Se vistió de uniforme de gala, y cantaba, bailaba y reía.

El gendarme puso la espada de un lado, y pasaba el rato.

Almonte *rigió* haciendo este impío soliloquio:

Per me reges regnant.

Y lo primero que se mandó fusilar fué la sombra de Morelos.

Por todas partes se ofrecia felicidad y completo bienestar para lo futuro, en nombre y bajo la palabra de honor de S. M. Luis Napoleon, Emperador de los franceses.

LXLIII.

Respecto de nuestras mexicanas, puede decirse que la intervencion pudo llegar hasta ellas; pero no las tocó.

Creemos que tampoco ellas hubieran tocado á la intervencion.

Porque para ciertas cuestiones, juzgadas y convertidas en objeto de la apreciacion mujeril, uno es pasear en la Alameda, en presencia del mundo entero, y dar vueltas por la noche en frente del palacio y en derredor de la música austriaca, y otro es aceptar de ello más que el placer trivial de la diversion.

Las que mas aceptaron son conocidas de todo el mundo, pues que dejaron *tirada* en «plena calle» su tarjeta con su nombre.

Habia algunas para quienes el recuerdo de la carta constitucional y sus consecuencias, les arrancaba suspiros de melancolía, como si se hubiera tratado de la carta primera de un amante.

Las mujeres en ciertas materias, ó son espartanas ó nada. No hay términos medios.

O todo el *stigma* de la infidencia, ó toda la gloria del héroe.

Una sílfide de alma bella y de excelentes sentimientos, decia una ocasion viendo un retrato de Maximiliano:

«Es un pícaro demasiado hermoso para la horca.»

«Debe acabar fusilado.»

Cuando algun sentimiento piadoso se hace expresivo delante de algunas muchachas, y aquel se refiere al fin trágico de algun traidor, ellas contestan:

«¿Quién les manda?»

Por lo demas, solo pueden merecer excusa las excepciones, atendiendo á que la mujer tiene excesivamente pronunciado el órgano de la *maravillosidad*.

La mas remilgada y *asquerosa* beldad, de cualquiera parte civilizada del mundo, seria capaz de emprender un largo viaje para ir á dar un beso á un hotentote, mico hediondo y feroz, nada mas para ver *á qué sabe*.

Creemos que si un dia se viniera á México toda la «Tierra del Fuego», todos aquellos párias con su heteróclita fisonomía y su estrambótica figura, producirian en nuestras muchachas la misma impresion que les produjo la «elegante oficialidad» del ejército frances..... Curiosidad hasta cierto punto justificada.

Queden, por lo demas, perfectamente en su lugar las «impresiones de viaje» de aquellas princesas y de aquellos abates, que quisieron llegar á México desempeñando *otro papel* que el de modistas ó buhoneros.

Es preciso comprender *el papel* que se hace en todas partes.

Si llega un mexicano á Paris á dar lecciones de licencia de costumbres, *hace un fiasco* redondo.

Deben haber comprendido que no queremos de ellos otra cosa que artículos de comercio, sin que México vacile en pagarlos, aunque no los necesite.

¡Los paga bien caros por ciertos...

Peluqueros, modistas, &c. &c.

Nada mas!

LXLIV.

Eugenia, aquella luna adorable que habia arrojado algunos años antes tan tennes y amorosos rayos de luz sobre las primeras rosas de la vida de Antonio en San Angel, en la época á que aludimos, habia trasladado sus penates á una pequeña casa del poético suburbio de México que se llama San Cosme.

San Cosme es la prolongacion rosada de la línea negra de la ciudad.

La mayor parte de las casas son *entresoladas*, como se llama vulgarmente á las casas en donde no hay necesidad de subir escalera.

La mayor parte de ellas tienen á la espalda un jardin, ó cuando menos un patio con honores de tal.

Vais por allí entre callejuelas de muchachas asomadas á las ventanas, como vais por un jardin entre callejuelas de rosas y acacias reclinadas sobre las flexibles ramas de los rosales.

Aquel florido barrio, lleno de árboles, de luz y de agua, de muchachas y de mariposas, solia hace pocos años presentar no sé qué espectáculo fugitivo, pero bello.

Entre aquel *bouquet* de flores y mujeres, solia verse la sombra austera y grave del fraile fernandino ó del fraile dieguino, que cruzaban aquellos ámbitos luminosos y perfumados, como cruza un pensamiento triste por la mente serena y soñadora.

Mas tarde, la reforma dió por allí sus barretazos, y cayeron hundiéndose todas aquellas sombras.

De los escombros brotaron rosas.
Aquellas ruinas produjeron flores.

Hay algo por allí de sonrisa perpetua y de misterio amoroso.
No podreis ciertamente pasar pensando en algo serio á lo

largo de aquellas anchas calles, sin que se os distraiga á cada paso y se vean interrumpidas vuestras meditaciones por dos series de ojos de fuego y de labios de coral que se asoman por las ventanas.

Es preciso decir esto al pasar, y ver:

«¡Quién fuera mariposa!»

Pasado el gran *Tivoli* de San Cosme, vivia, como indicamos, Eugenia.

Era una pequeña habitacion, rodeada por todas partes de un inmenso jardin.

La jóven tambien lo estaba de un círculo de muchachas encantadoras.

Eugenia jamas salia á la calle.

No queria prodigarse.

Para visitar á Eugenia se necesitaba mucho cuidado.

Tenia la jóven cierta rectitud en materia de lo que llamaremos conducta, que levantaba un muro impenetrable entre su círculo y el mundo.

Aquella jóven de negros ojos y semblante apiñonado solia ser terrible.

Se dejaba admirar; pero nada mas.

Profesaba un extraño principio.

Combatia las pasiones malas, valiéndose de sus mismos encantos.

Si alguna vez la hubieran dicho que con ir á decirle almas *desalmado* bandido del mundo las palabras: yo te amo, aquel bandido hubiera pasado á ser un *hombre de bien*, Eugenia hubiera ido á decírselas.

Pero si la hubiesen dicho que aquel hombre iba á pasar á la categoría de *santo*, aquella mujer se hubiera reido del santo y del hombre.

Habia en su casa tertulias;

Lo que se llama *conciertos y bailecitos*.

Nunca excedían de las doce de la noche.

No concurrían mas que sus amigas íntimas y los diez ó doce muchachos concurrentes á la *Gran Sociedad*, y de los cuales antes hemos hecho ya mencion.

Antonio, empero, no concurría, ni le pasaba por la imaginación que tales tertulias existiesen.

Máximo tampoco pertenecía á aquel círculo.

Pero ambos pasaban á menudo por allí.

Máximo se habia convertido en empresario de carruajes conductores del centro «á los alrededores de la capital.»

Antonio se habia fatigado de interpelar sin cesar á su destino, y se habia vuelto á convertir en soñador.

No creía por entonces tener otra cosa en que convertirse.

Máximo vigilaba su empresa con una eficacia y empeño admirables.

Antonio acompañaba á Máximo delirando por todas partes.

Era un moribundo moral y en espera de que viniese á curarle el *acaso*, este singular doctor que á tantos cura y á tantos mata.

No se le habian vuelto á presentar mas *sotas* ni mas *reyes*, é ignoraba el camino de la vida.

No entendía las páginas de la situación privada, referida á la pública, porque aquellas estaban escritas en un francés bárbaro.

La levita de Antonio volvió á ser una especie de vieja, que sin cesar le recordaba mejores tiempos de coqueterías, devaneos y vanidades.

Pero ahora, la situación era terrible.

Era *novio*, y *novio oficial*.

Ya no solo se trataba de la realización de bellos ensueños, sino del cumplimiento de una palabra dada á una mujer.

No debía, pues, pensar en concurrir á bailes, sino en trabajar y *hacerse hombre*.

¡Hacerse hombre entre los franceses!.....

Imposible.

Volar al lado del gobierno, que se hallaba en la frontera...

Tampoco.

Ya lo habia pretendido en vano. El gobierno carecía de recursos y no podia aceptar patriotas á su lado.

¿Qué le importaba á Antonio el gobierno?.....

Aquella pluma viviente habia pretendido trasformarse en espada; pero habia tenido que volver trayendo en la punta su dignidad hecha girones.

Sufria las pullas vehementes de los patriotas de tertulia, de los entusiastas de salon, de los *teóricos* del deseo, que solo hubieran podido ocupar el recinto desocupado por Antonio.

Habia conquistado al menos la fuerza de espíritu necesaria para ver de un modo claro y distinto que solo era agredido por pigmeos.

Si es cierto que la resignacion es heroica, Antonio volaba al heroismo.

Llegó en aquella época á ver que lo terrible le insultaba, aproximándole su negra faz hasta juntarla con su cara.

Entonces escupia y daba de capirotaos en la cara de lo terrible.

Se sintió desgraciado, pero hombre.

La raquílica remuneracion de cualquiera pequeño trabajo le duraba eternidades.

Vivia casi en un desvan.

Comia nada mas para vivir.

¡Sostenia, sin embargo, sus relaciones amorosas!

—Es de suspenderse, pensaba, la pronta ejecucion de mi palabra. ¿Cómo podria ser de otra suerte, cuando la República

entera ha tenido la desgracia de marcharse á dar una vuelta hasta Paris?

Y se paseaba con Máximo por la Ribera de San Cosme.

Llegó una época en que las cartas de Piedad llegaban muy de tarde en tarde.

Antonio notaba en ellas frialdad.

En una le hablaba la jóven de la *remota esperanza* de dar cima á su *antiguo negocio*.

Antonio creyó ceder á las sugerencias de la caballerosidad y á las del corazon insistiendo, é insistió.

Pretendia recabar la última resolucion de Piedad, y la instaba porque se la diera.

En el teatro le habia dicho el sublime monosílabo *si*.

Pero le habia añadido:

«Espere vd. mi resolucion definitiva.»

Y Antonio creia que aquella época de prueba para ambos, era el terreno mas á propósito para buscar la resolucion definitiva de Piedad.

Un dia llegó un viajero á México.

Venia precisamente del lugar adonde los acontecimientos habian lanzado á Piedad y á su familia.

Antonio se informó.

La jóven vivia tranquila y feliz, cantando en conciertos casi públicos, en beneficio de los *hospitales de sangre*, y tenia un amplio círculo de admiradores.

Se proyectaba llevarla á los Estados- Unidos.

De su salon habia salido un duelo.

Concurria á gran número de bailes, y escribia con cualquiera motivo *estrofas alejandrinas*.....

Poseia un recuerdo de carretela y dos proyectos de hacienda.

D. Martin se empeñaba acaloradamente en quitarle «aque- llo» de la cabeza.

Aquello era, las relaciones, ó sean amores de su hija con Antonio.

Calificaba el buen señor á nuestro enamorado de un cloco de atar, sin consecuencias hasta entonces, buenas ni malas.

—No tiene hechura, le decia sin cesar á su hija. Nada ha de llevar á cabo.

Este no es un hombre *ni es nada*.

Aun no se recibe de abogado, ni siquiera es empleado.

Será preciso forzosamente renunciar á esto.

No hay hombre: hay chasco. Que el chasco sirva como de una leccion.

Tiene las espaldas demasiado estrechas.

Tosé mucho.....

¡Ni aun cumpliria!.....

Y la jóven, dominada por aquellas continuas obsesiones, se habia habituado á ir considerando poco á poco á su amante, mas bien como una cosa que como una persona.

Una especie de pesadilla, un sueño, un mueble cualquiera, raquítrico y enmarañado, como un *plumero* abandonado en un ángulo, por decirlo así, de la imaginacion, y medio perdido entre los *tarantines* de viejos recuerdos de la muchacha.

Si alguna imágen de Antonio habia formado en la mente, ó acaso en el corazon de Piedad, un cuadro delicado y reservado con cierto aprecio y cierto esmero, aquel señor llegó á conseguir afearlo y vulnerarlo de tal manera, que al cabo de poco tiempo llegó á no aparecer sino como un *mamarracho*, representando torpemente la pésima caricatura de un hombre.

A D. Martin no le salia la cuenta.

No veia á propósito á Antonio, ni para hombre de negocios.

Aquel muchacho era inexplorable en lo grande como en lo pequeño.

Su hija se habia encontrado en el mundo con un maldito